

y calumniosos con objeto de desacreditar á todo el órden eclesiástico. Sedujeron á no pocos príncipes con el pretexto de sustraerles á la supuesta tiranía pontificia, y de enriquecer sus Estados con los bienes eclesiásticos. Valiéndose de la fuerza de las turbas, y de la influencia de los poderosos, movieron por todas partes sediciones y tumultos. Penetraban violentamente en los claústros sagrados, arrojaban á mano armada á sus pacíficos moradores, y se dividian el botin que encontraban.

De los claústros pasaban á las parroquias y á las catedrales, de las que se apoderaban, lanzando de sus puestos á los párrocos y á los cabildos. Por todas partes se extendian á manera de vasto incendio, sembrando la desolacion y el espanto. Los mismos príncipes, atemorizados y seducidos por los novadores, les prestaban toda clase de auxilios, dictando en su favor leyes y edictos, y lanzando por la fuerza á los sacerdotes católicos de sus puestos para que los ocupasen los nuevos predicadores.

Y ¡desgraciado el pueblo que se atreviese á oponer la mas leve resistencia á tan arbitraria tiranía! El destierro, la confiscacion de

los bienes y la cárcel estaban siempre dispuestos para castigar la mas pequeña oposicion.

Finalmente, bastaba un edicto general para que quedase abolido el culto católico y sustituido por la religion del nuevo Evangelio, descubierta al cabo de quince siglos por los grandes hombres á quienes hemos visto retratados al natural por sus mismos contemporáneos y adictos. Tal es, en resúmen, la historia del origen del Protestantismo y de los que lo introdujeron en el mundo.

§ IV

Reflexiones acerca del carácter moral y religioso de los autores y cooperadores de la Reforma protestante.

Permítasenos, antes de terminar este capítulo, hacer algunas preguntas á los que todavía siguen defendiendo el Protestantismo.

¿Qué juicio debe formarse de estos hombres que se arrogan la pomposa mision y se dan el glorioso título de reformadores? ¿Es creible que Dios escogiese como instrumento para reformar el mundo á hombres de esta clase? ¿Es posible que en unas almas tan de-

pravadas habite el Espíritu Santo, y que les dé la verdadera inteligencia de la santa Escritura, opuesta á la enseñanza constante de la Iglesia? Porque sabido es que todos ellos se gloriaban de la asistencia especial del Espíritu Santo, y que sustituían sus invenciones con el título de *puro Evangelio* á la doctrina profesada por los católicos de todos los tiempos.

Pues á tales hombres nos presentan como enviados de Dios; esos propagandistas que en Italia y en España, y donde quiera que la revolucion los regala ó los vende libertad, vienen á insultar á la religion de nuestros padres.

Los infelices á quienes seducen no sospechan que con melífluas y seductoras palabras se burlan de su ignorancia y sencillez para arrancarles del gremio de la Iglesia, ó sea del rebaño de Jesucristo, en el cual únicamente puede encontrarse la salvacion.

Dicen, además, estos calumniadores á los necios que les prestan oídos, que los hechos de los Papas forman las páginas mas torpes de la historia. Está probado, hasta por enemigos de la Iglesia, cuán falsa y calumniosa es semejante acusacion. Pero aun suponién-

do que tan mala haya sido la conducta de los siete ú ocho Pontífices que á duras penas suelen citar, nótese que así y todos estos Papas serian cándidas palomas en comparacion de los corifeos de la Reforma.

Y por otra parte, si se reflexiona lo que significan estos siete ú ocho Pontífices á quienes se acrimina, en medio de la inmensa mayoría de doscientos cincuenta hombres eminentes, entre los cuales nada menos que cincuenta y siete han sido honrados con la palma del martirio, ó bien con la aureola de la santidad; y sí, además, se consideran los bienes inestimables que bajo todos conceptos, y hasta en el orden político y civil, ha reportado de ellos la humanidad, ¿quién se atreve á echar en cara á esta série veneranda de Pontífices un número tan insignificantè de los que se afirma que fueran menos dignos?

Confiesen mas bien, para su propia confusion, los defensores del Protestantismo, que las páginas mas torpes de la historia son las que nos ofrecen sus propios maestros, de quien son tan amantes y admiradores, y recuerden que estas páginas han sido escritas por los mismos corifeos de la Reforma y por sus discípulos.

Y si los protestantes de nuestros días, avergonzados de su origen, trabajan hasta la desesperacion por ocultar y desfigurar tales biografías, nosotros debemos sacarlas á relucir como un monumento perenne que sonroje á esos nuevos apóstoles, que, por cobrar su rentita diaria, no se avergüenzan de buscar nuevos prosélitos de tales reformadores.

CAPITULO II

DE LA NATURALEZA DEL PROTESTANTISMO EN LO
QUE SE REFIERE A LA FE Y A LA MORAL.

§ I

El Protestantismo por su propia naturaleza destruye la fe.

Si el Protestantismo, considerado en sus fundadores, es tal, que cualquier protestante honrado que sepa su historia verdadera no puede menos de avergonzarse de él, lo mismo se nos presentará si consideramos atentamente su propia naturaleza. Esfuércense sus defensores por cubrirlo con el oropel de frases estudiadas; preséntenle en elocuentes declamaciones como la obra maestra de sobrehumana sabiduría. Nada podrá purgarlo